

Acceder al Control de esfínteres



Dra. Myrtha Chokler

Publicado en <http://www.ifra.it/idee.php?id=28>
por el IFRA - Istituto per la Formazione e la Ricerca Applicata. Bologna, Italia
*Distribuido por Pikler-Lóczy Euskal Herriko elkartea
por cortesía de la autora*

El control de esfínteres es uno de los indicadores de una importante etapa del desarrollo integral, integrado y a su vez, integrador de un niño pequeño.

Implica la captación, el registro y la discriminación-identificación sensitiva de la tensión e incomodidad progresiva que van inundando partes precisas de su cuerpo.

Simultáneamente requiere la asunción personal de la responsabilidad, por su propia elección, de no dejarse ir a la evacuación-satisfacción inmediata de sus necesidades biológicas. Elige, por tanto, hacerse cargo de sí mismo para integrarse al orden social y simbólico de la cultura de los adultos. La motivación fundamental de esta decisión consciente es el deseo de ser y “hacer” como “los grandes”.

Pero esto es posible porque él quiere, puede –por su maduración neurológica y su desarrollo emocional, cognitivo y social- y sabe contraer la musculatura precisa, de partes no visibles de su cuerpo, en un instante preciso, con la fuerza adecuada, durante el tiempo necesario, para retener y evitar la pérdida de productos de su propio cuerpo -en este caso la orina o las heces- para relajar luego la misma musculatura y dejarlas partir después, en otro tiempo, allá, en un lugar socialmente aceptado. Esta coordinación compleja, voluntaria, esta “sinergia” de qué tensar y qué relajar, dónde y cuándo, no es de ninguna manera automática ni refleja, ni totalmente sólo voluntaria.

El niño tiene la capacidad también de decidir que, a pesar de estar ocupado en otra actividad, tal vez en pleno momento apasionante de su juego aquí y ahora, puede y quiere resignar el placer inmediato, desplazar el centro de interés y focalizar la atención en otro proceso, para organizar la secuencia de acciones que le permitirán arribar sin mayores problemas al destino anticipado: el “lugar” preciso en el tiempo preciso.

Esta secuencia de acciones no es posible sin un gran dominio de su propio cuerpo, (suficiente integración de su esquema corporal, de la imagen mental, consciente e

inconsciente de su cuerpo) a todo lo largo de las situaciones de cambio. Deberá tal vez seleccionar, preparar y concretar diversos cambios posturales: ponerse de pie, tensando y aflojando ciertas partes del cuerpo en una dinámica equilibrada, sin relajar al mismo tiempo los músculos de las partes ocultas que deben retener un lapso todavía sus contenidos.

Además requiere del dominio de las dinámicas motrices: selección del tipo de desplazamiento, secuencia, impulso e inhibición, velocidad y ritmo. Sumadas a las disposiciones cognitivas: orientación témporo-espacial para anticipar hacia dónde debe ir, dirección, distancia y obstáculos posibles, (puertas, escalones, objetos).

Por otra parte requiere sentirse suficientemente seguro emocionalmente para no tener miedo de alejarse del lugar donde está, de perder "cosas de su cuerpo" -que son en definitiva "partes de sí mismo"- . Y, sobre todo, no temer al "fracaso humillante" de no llegar a tiempo, que opera muchas veces como profecía auto-cumplida. La mayor ansiedad por no lograrlo, aumenta el riesgo de no lograrlo.

En síntesis, significa que, como sujeto competente ha podido previamente integrar las reglas sociales de este orden simbólico de ésta, su cultura, que determina, entre otras cosas, que "eso" no se hace "aquí y ahora", sino "luego y allá". Entonces identificándose con "los mayores", niños o adultos, ya puede, se siente capaz y decide adoptar sus normas de conducta, al menos ésta, de manera asidua y prácticamente para siempre.

Teniendo en cuenta todo lo que se va conociendo acerca de los ritmos de maduración –absolutamente individuales– en cada niño, de la multicausalidad y complejidad de los procesos de desarrollo, se valora cada vez más la función que tiene la confianza en las propias capacidades y competencias para que cada uno vaya adquiriendo -a su tiempo y a su nivel- las conductas "socialmente calificadas". Al mismo tiempo se reconoce la necesidad de respeto de las iniciativas, de la autonomía y de la calidad afectiva que sostiene la evolución infantil. Por eso es evidente que el control de esfínteres en un niño no sólo no requiere un entrenamiento, aun menos un condicionamiento, ni una enseñanza especial plagada de recompensas y punitivas, sino que en realidad implica para el niño el acceso a un estatus particular del proceso de "humanización", de socialización y de inclusión en esta cultura particular. Constituye entonces una etapa de la ontogénesis y de la psicogénesis.

Por el contrario la experiencia y la literatura especializada reconocen la cantidad de disfunciones ulteriores en diversas áreas, como consecuencia del sufrimiento provocado al niño por la impaciencia o el desconocimiento de los adultos y por los métodos coercitivos, más o menos forzados o violentos para "educar" el control esfinteriano. Educación y/o coacción que compromete zonas muy íntimas del propio cuerpo, que están ligadas a la genitalidad, al desarrollo de la conciencia de "género" y por supuesto también a la sexualidad. Situaciones cotidianas vividas en una trama relacional cargada emocionalmente con un otro u otros que reconoce/n y respeta/n el cuerpo íntimo del niño, su nivel de desarrollo y de integración yoica, sus decisiones acerca de sí mismo. U otros, familiares, cuidadores o maestros, que se apropian del cuerpo del niño incitándolo, seduciéndolo con premios o atemorizándolo con castigos, a veces sutiles pero no menos eficaces, para generar su dosis de desolación, desamparo, desorientación. Otro/s que lo impulsan a realizar aquellas conductas para las cuales, tal vez, no se sienta suficientemente seguro, llenándolas de atributos y juicios de lo bueno y lo malo, de lo feo, sucio y asqueroso, de hacerlo para gratificar al adulto, para ser valorado por él, con el temor y la ansiedad de no ser aceptado si no cumple con las expectativas, de sentirse descalificado y avergonzado ante otros, culpabilizado por no haber alcanzado todavía las complejas condiciones fisiológicas y psicológicas para "controlar sus esfínteres". Como si realmente él pudiera ser el responsable de su propio ritmo de maduración.

Un ambiente afectivo cálido y la confianza en las potencialidades del niño le permiten a éste desarrollar por sí mismo un sentimiento de eficacia y de autoestima que lo alientan no sólo en la exploración de sus propias características, de su funcionamiento y de las

de su entorno, si no que lo vuelven capaz por vía de la imitación, de la asimilación y de la identificación con los pares y los adultos significativos, de apropiarse de las reglas de la sociedad, de su sistema de valores, de sus normas, así como de los límites y de las prohibiciones que conforman el orden simbólico organizador de una comunidad.

Los niños, en un ambiente acogedor e interesante, están atentos a los demás y se regocijan de poder imitarlos.

No precisa entonces un entrenamiento de su control de esfínteres, sino un acompañamiento en el camino de la adquisición de nuevas competencias, como ésta, cuando se sienta íntimamente preparado para decidirse a renunciar a la comodidad del pañal y de la satisfacción inmediata de las necesidades, manifestando interés y deseos de aceptar y ejercer un comportamiento indudablemente mucho más difícil, identificándose con el mundo de los mayores.

Es importante tener en cuenta que la lógica del pensamiento y las emociones de un niño son diferentes de la de un adulto. Pero además ¿qué sentiría un adulto que, de pronto, ve salir y que se le desprenden y caen algunas cosas impensadas de su cuerpo? Objetos de los que tiene diferente nivel de percepción, de conciencia, porque antes quedaban retenidos en el pañal y ni siquiera podía asociar las sensaciones corporales a los productos que no puede retener. Para ello es preciso un nivel importante de organización del esquema corporal y de aceptación de sus propios cambios, de seguridad en sí mismo y en el otro y en el ambiente y la consecuente disminución del temor a la pérdida. Es difícil “dejar salir cosas de sí”, depositar partes de sí en un lugar desconocido y amenazante.

Numerosas investigaciones confirman que el verdadero control voluntario de esfínteres no es el resultado simplemente de la maduración neuromuscular -requisito indispensable- ni del aprendizaje condicionado de un hábito. Es necesario que un niño haya logrado la consolidación de una especial conciencia de sí, que le permita identificar sensaciones difusas ¿en cuánto semejantes o en cuánto diversas en intensidad, en localización en lugares diferentes, internos, no visibles, no accesibles, de un cuerpo propio cambiante y tan desconocido? Requiere que pueda prestar suficiente atención, desplazarla del juego o la acción que lo tenía ocupado, para desviarla y concentrarla en esas sensaciones irrefrenables que abren o cierran distintos orificios del propio cuerpo, que por los avatares cotidianos y los “valores culturales” están ligados al displacer de la tensión, al placer del alivio y a veces al dolor que lo atemoriza, a lo permitido y a lo rechazado, a lo “sucio” que lo avergüenza, a la mirada o la palabra adulta que lo enjuicia y hasta lo humilla.

Esto va sucediendo, y no casualmente, en una etapa de su desarrollo en la que coinciden otros comportamientos que dan cuenta del proceso de estructuración e integración de su personalidad, que requiere cierto nivel de maduración tanto fisiológica como emocional y cognitiva. Los indicadores de este nivel de integración psíquica son, a) referirse a sí mismo en primera persona, -aparece y es cada vez más frecuente el YO, el uso de los verbos en primera persona-, el reconocimiento de que cuando otra persona dice “YO”, no se refiere a él, sino al otro como sí mismo. b) el logro del cierre de los grafismos circulares, que anticipa el esbozo de las primeras representaciones de la figura humana, entre otros y c) la maduración neurológica que permite el dominio de ciertas coordinaciones motrices alternadas y simétricas, como subir una serie de escalones, por ejemplo.

Los niños y las niñas necesitan seguramente sentirse acompañados con empatía y comprensión en sus esfuerzos -a veces logrados y otros no- sostenidamente, durante bastante tiempo. Tiempo que les es propio, normalmente a lo largo de, por lo menos, un año, lapso que les permite ir adquiriendo, paso a paso, nuevos conocimientos de ellos mismos, de ensayar muchas veces cómo controlarse a sí mismo y asumir la responsabilidad de contenerse aquí y ahora, discriminando, y recordando, simultáneamente, la existencia de otros espacios y de otros tiempos pertinentes para dejar sus excreciones, más tarde, allá en el otro lugar apropiado.

El control estable de los esfínteres es entonces, una función del Yo, así debe ser comprendida y atendida. La posibilidad de establecer una autorregulación a su propio ritmo, sin la coerción del adulto, preserva a los niños y niñas de trastornos considerables a corto o largo plazo, focalizados o desplazados en distintas áreas de la personalidad.

Buenos Aires 2006